

Domingo XIX del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Melcior QUEROL i Solà (Ribes de Freser, Girona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

UN ADMINISTRADOR FIEL

Sb 18,6-9; Hb 11,1-2.8-19; Lc 12,32-48

El discurso sobre la vigilancia puede sonar intimidatorio o amenazador, como si el Señor Jesús quisiera introducir el temor en los discípulos, pero no es así; no hay que descontextualizarlo. Las figuras del patrón, el sirviente, el administrador y el ladrón son solamente símbolos que resultaban inteligibles para explicar una conducta ejemplar: el autocontrol de sí mismo, la responsabilidad, la rendición de cuentas y la honestidad. Todos estos son valores universales que no han envejecido. El Señor Jesús se apropia de esos valores y los inserta dentro de la relación del creyente con su Señor. La genuina espiritualidad cristiana no es una fuente de privilegios ni de poder sobre la conciencia o la vida de los demás. Al contrario, quienes nos confesamos seguidores de Jesús, conocemos la bondad del camino cristiano y nos sentimos responsables de corresponder al Padre con una respuesta más generosa y noble.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 73, 20. 19. 22. 23

Acuérdate, Señor, de tu alianza; no olvides por más tiempo la suerte de tus pobres. Levántate, Señor, a defender tu causa; no olvides las voces de los que te buscan.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, a quien, enseñados por el Espíritu Santo, invocamos con el nombre de Padre, intensifica en nuestros corazones el espíritu de hijos adoptivos tuyos, para que merezcamos entrar en posesión de la herencia que nos tienes prometida. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Castigaste a nuestros adversarios y a tus elegidos nos cubriste de gloria.

Del libro de la Sabiduría: 18, 6-9

La noche de la liberación pascual fue anunciada con anterioridad a nuestros padres, para que se confortaran al reconocer la firmeza de las promesas en que habían creído.

Tu pueblo esperaba a la vez la salvación de los justos y el exterminio de sus enemigos. En efecto, con aquello mismo con que castigaste a nuestros adversarios nos cubriste de gloria a tus elegidos.

Por eso, los piadosos hijos de un pueblo justo celebraron la Pascua en sus casas, y de común acuerdo se impusieron esta ley sagrada, de que todos los santos participaran por igual de los bienes y de los peligros. Y ya desde entonces cantaron los himnos de nuestros padres. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 32, 1.12. 18-19. 20.22

R/. Dichoso el pueblo escogido por Dios.

Que los justos aclamen al Señor; es propio de los justos alabarlo. Feliz la nación cuyo Dios es el Señor, dichoso el pueblo que eligió por suyo. **R/.**

Cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre les da vida. **R/.**

En el Señor está nuestra esperanza, pues él es nuestra ayuda y nuestro amparo. Muéstrate bondadoso con nosotros, puesto que en ti, Señor, hemos confiado. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Esperaban la ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

De la carta a los hebreos: 11, 1-2. 8-19

Hermanos: La fe es la forma de poseer, ya desde ahora, lo que se espera y de conocer las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores.

Por su fe, Abraham, obediente al llamado de Dios, y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia. Por la fe, vivió como extranjero en la tierra prometida, en tiendas de campaña, como Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa después de él. Porque ellos esperaban la ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo, porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar.

Todos ellos murieron firmes en la fe. No alcanzaron los bienes prometidos, pero los vieron y los saludaron con gozo desde lejos. Ellos reconocieron que eran extraños y peregrinos en la tierra.

Quienes hablan así, dan a entender claramente que van en busca de una patria; pues si hubieran añorado la patria de donde habían salido, habrían estado a tiempo de volver a ella todavía. Pero ellos ansiaban una patria mejor: la del cielo. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les tenía preparada una ciudad.

Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho: De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre. Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 24, 42. 44

R/. Aleluya, aleluya.

Estén preparados, porque no saben a qué hora va a venir el Hijo del hombre. R/.

EVANGELIO

También ustedes estén preparados.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 12, 32-48

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “No temas, rebañito mío, porque tu Padre ha tenido a bien darte el Reino. Vendan sus bienes y den limosnas. Consíganse unas bolsas que no se destruyan y acumulen en el cielo un tesoro que no se acaba, allá donde no llega el ladrón, ni carcome la polilla. Porque donde está su tesoro, ahí estará su corazón.

Estén listos, con la túnica puesta y las lámparas encendidas. Sean semejantes a los criados que están esperando a que su señor regrese de la boda, para abrirle en cuanto llegue y toque. Dichosos aquellos a quienes su señor, al llegar, encuentre en vela. Yo les aseguro que se recogerá la túnica, los hará sentar a la mesa y él mismo les servirá. Y si llega a medianoche o a la madrugada y los encuentra en vela, dichosos ellos.

Fíjense en esto: Si un padre de familia supiera a qué hora va a venir el ladrón, estaría vigilando y no dejaría que se le metiera por un boquete en su casa. Pues también ustedes estén preparados, porque a la hora en que menos lo piensen vendrá el Hijo del hombre”.

Entonces Pedro le preguntó a Jesús: “¿Dices esta parábola sólo por nosotros o por todos?” El Señor le respondió: “Supongan que un administrador, puesto por su amo al frente de la servidumbre, con el encargo de repartirles a su tiempo los alimentos, se porta con fidelidad y prudencia. Dichoso este siervo, si el amo, a su llegada, lo encuentra cumpliendo con su deber. Yo les aseguro que lo pondrá al frente de todo lo que tiene. Pero si este siervo piensa: ‘Mi amo tardará en llegar’ y empieza a maltratar a los criados y a las criadas, a comer, a beber y a embriagarse, el día menos pensado y a la hora más inesperada, llegará su amo y lo castigará severamente y le hará correr la misma suerte que a los hombres desleales.

El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no haya preparado ni hecho lo que debía, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, haya hecho algo digno de castigo, recibirá pocos.

Al que mucho se le da, se le exigirá mucho, y al que mucho se le confía, se le exigirá mucho más”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe benignamente, Señor, los dones de tu Iglesia, y, al concederle en tu misericordia que te los pueda ofrecer, haces al mismo tiempo que se conviertan en sacramento de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr Jn 6, 51

El pan que yo les daré, es mi carne, para la vida del mundo, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La comunión de tus sacramentos que hemos recibido, Señor, nos salven y nos confirmen en la luz de tu verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Salvación de los justos y perdición de los enemigos (Sb 18,6-9)

1ª lectura

El libro de la Sabiduría está hablando de la noche en que los israelitas se disponían a salir de Egipto. Los egipcios habían decretado hacer morir a los primogénitos varones de los hebreos (cfr Ex 1,15-22). Para eludir la muerte, Moisés, recién nacido, es expuesto (v. 5) sobre las aguas del Nilo en una canastilla y salvado providencialmente por la hija del faraón (Ex 2,1-10). Con la ley del talió como fondo, el crimen de los egipcios debía ser castigado con la muerte de sus propios primogénitos, «a media noche» (Ex 12,29), y también, después, con la ruina de los perseguidores, bajo las aguas del Mar Rojo (Ex 14,26-29).

En la noche pascual ocurren dos acontecimientos contrapuestos: los primogénitos de los egipcios son heridos, lo que obliga al faraón a dejar partir inmediatamente a los hebreos, que obtienen así el cumplimiento de la liberación prometida a los padres (cfr Gn 15,13-14) y a Moisés (Ex 11,4-7). Pero esa misma noche, antes de partir los hebreos, «los hijos santos de los buenos» (v. 9) celebran a escondidas en sus casas la cena pascual con carácter festivo y sacrificial asumiendo todos el compromiso de compartir «los bienes y peligros»; de este modo actúan como pueblo consagrado al Señor y «entonan los cantos de alabanza de los padres» (v. 9). Con el tiempo, esos incipientes cantos constituirían el *Hallel*, un grupo de salmos que se recitaban la noche de Pascua y en las grandes fiestas (cfr Sal 113-118), y que recitará Jesús con sus discípulos en la Última Cena (cfr Mt 26,30; Mc 14,26).

La fe de nuestros padres (Hb 11,1-2.8-19)

2ª lectura

La exhortación a la fe mencionada al final del capítulo anterior (Hb 10,39) da paso a un encendido elogio de la fe de los antepasados, por la que recibieron un «testimonio» (v. 2), es decir, reconocimiento divino. En primer lugar (v. 1) define la esencia de esta virtud: por medio de la fe el creyente adquiere una certeza firme respecto a las promesas divinas y una posesión anticipada de los bienes celestiales.

Entre todos los ejemplos de fe destaca el de Abrahán (vv. 8-19), el modelo por antonomasia, en el Antiguo Testamento, de fe en Dios (cfr 6,13ss.; Gn 12,1-4; Rm 4,1ss.; Ga 3,6-9). «Obedecer (“ob-audire”) en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abrahán es el modelo que nos propone

la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 144).

El administrador fiel y prudente (Lc 12,32-48)

La exhortación a estar vigilantes aparece con frecuencia en la predicación de Cristo (cfr Mt 24,42; 25,13; Mc 14,34) y en la de los Apóstoles. De una parte, porque el enemigo está siempre al acecho (cfr 1 P 5,8), y de otra, porque quien ama nunca duerme (cfr Ct 5,2). Manifestaciones concretas de esa vigilancia son el espíritu de oración (cfr 21,36; 1 P 4,7) y la fortaleza en la fe (cfr 1 Co 16,13).

Ahora Jesús, invita a la vigilancia mediante dos imágenes: la cintura ceñida y la lámpara encendida (v. 35). Las amplias vestiduras que usaban los judíos se ceñían a la cintura para realizar algunos trabajos, para viajar, etc., por lo que «tener las cinturas ceñidas» indica un gesto de disponibilidad y de rechazo a cualquier relajamiento (cfr Jr 1,17; Ef 6,14; 1 P 1,13). Del mismo modo, «tener las lámparas encendidas» indica la actitud propia de quien vigila o espera la venida de alguien. Después, el Señor acude a dos comparaciones (vv. 36-40) para señalar cómo debe ser la espera vigilante ante su venida segura: como el criado espera a su amo, o como el dueño espera al ladrón; ambos saben que el «otro» va a venir y que en ese encuentro se decide su futuro. En el marco de esas enseñanzas, nos quedamos deslumbrados ante el contenido del v. 37: no es fácil pensar en un señor de la época que sirva a sus criados porque le esperan cuando llega tarde, pero eso es lo que hace el Señor con sus siervos fieles: se ciñe la cintura y les sirve (cfr Jn 13,1-20).

Ante la pregunta de San Pedro (v. 41), Jesús introduce la cuestión de la responsabilidad de quienes ocupan algún cargo (vv. 42-48a) y, en general, de todos (v. 48b). El Señor lo explica especificando que no será igual la suerte del fiel (vv. 43-44) que la del cínico (vv. 45-46), ni la del débil (v. 47) será como la del ignorante (v. 48). «Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios y al Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer la participación de su gloria. Según eso, cada uno según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad. Es menester, en primer lugar, que los pastores del rebaño de Cristo cumplan con su deber ministerial, santamente y con entusiasmo, con humildad y fortaleza, según la imagen del Sumo y Eterno sacerdote, pastor y obispo de nuestras almas; cumplido así, su ministerio será para ellos un magnífico medio de santificación» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 41).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

Paralelo entre Lc.12,35-36 y Sal.33,13-15

Nuestro Señor Jesucristo vino a los hombres, se alejó de ellos y a ellos ha de volver. Con todo, aquí estaba cuando vino y no se alejó cuando se retiró, y ha de volver a aquellos a quienes dijo: *He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Según la forma de siervo que tomó por nosotros, en un determinado tiempo, nació, murió y resucitó y ya no morirá ni la muerte se enseñoreará en adelante de él. Pero según la divinidad por la que es igual al Padre, estaba en este mundo, el mundo fue hecho por él y el mundo no le conoció. Sobre esto acabáis de oír lo que nos advierte el Evangelio precaviéndonos y queriendo que estemos dispuestos y preparados en la espera del último día. De forma que, después de este último día que ha de temerse en este mundo, llegue el descanso que no tiene fin. Bienaventurados quienes los consigan. Entonces estarán seguros quienes ahora carecen de seguridad, y entonces temerán quienes ahora no quieren temer. Este deseo y esta

esperanza es lo que nos hace cristianos. ¿Acaso nuestra esperanza es una esperanza mundana? No amemos el mundo. Del amor de este siglo fuimos llamados para amar y esperar otro siglo. En éste debemos abstenernos de todos los deseos ilícitos, es decir, debemos ceñir nuestros lomos y hervir y brillar en buenas obras, que equivale a tener encendidas las lámparas. Pues en otro lugar del Evangelio dijo el Señor a sus discípulos: *Nadie enciende una lámpara y la coloca bajo el celémín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa.* Y para indicar por qué lo decía, añadió estas palabras: *Luzca así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*

Por tanto, quiso que tuviésemos ceñidos nuestros lomos y encendidas las lámparas. ¿Qué significa ceñir los lomos? *Apártate del mal.* ¿Qué significa lucir? ¿Qué tener encendidas las lámparas? *Y haz el bien.* ¿Y qué significa lo añadido: *Y vosotros sed semejantes a los hombres que esperan a su Señor cuando regrese de las bodas,* sino lo que se consigna en el salmo: *Busca la paz y persíguela?* Estas tres cosas, a saber: el abstenerse del mal, el obrar el bien y el esperar el premio eterno se mencionan en los Hechos de los Apóstoles, donde se escribe que San Pablo les enseñaba *la continencia, la justicia y la esperanza de la vida eterna.* A la continencia corresponde *tener los lomos ceñidos;* a la justicia, *las lámparas encendidas* y a la expectación del Señor *la esperanza de la vida eterna.* Luego, *apártate del mal* es la continencia, es decir, tener los lomos ceñidos. *Haz el bien* es la justicia, o sea, tener las lámparas encendidas. *Busca la paz y persíguela* es la expectación del siglo futuro. Por tanto, *sed semejantes a los hombres que esperan a su Señor cuando regrese de las bodas.*

Teniendo estos mandatos y promesas, ¿por qué buscamos días buenos en la tierra donde no podemos encontrarlos?

Sé que los buscáis al menos cuando estáis enfermos u os halláis en medio de las tribulaciones que abundan en este mundo. Porque cuando la edad toca a su fin, el anciano está lleno de achaques y sin gozo alguno. En medio de las tribulaciones que torturan al género humano, los hombres no hacen otra cosa que buscar días buenos y desear una vida larga que no pueden conseguir aquí. La vida larga del hombre, en efecto, es tan corta en comparación con la duración de aquel siglo universal como una gota de agua lo es en comparación con la inmensidad del mar. Pues ¿qué es la vida del hombre, incluso la que se denomina larga? Llaman vida larga a la que ya en este siglo es breve y a la que, como dije, está llena de gemidos hasta la decrepita vejez. Aquí todo es corto y breve y, sin embargo, ¿con qué afán la buscan los hombres? ¿Con cuánto esmero, con cuánto trabajo, con cuántos cuidados y desvelos, con cuántos esfuerzos buscan los hombres vivir largos años y llegar a viejos! Y el mismo vivir largo tiempo, ¿qué es sino correr hacia el fin de la vida? Viviste el día de ayer y quieres vivir el de mañana. Pero al pasar el de hoy y el de mañana, éstos tendrás de menos. De aquí que cuando desees que brille un día nuevo, desees al mismo tiempo que se acerque aquel otro al que no quieres llegar. Invitas a tus amigos a un alegre aniversario y a quienes te felicitan les oyes decir: «Que vivas muchos años». Y tú desees que acontezca según ellos dijeron. Pero ¿qué desees? Que se sucedan unos a otros y que, sin embargo, no llegue el último. Tus deseos se contradicen: quieres andar y no quieres llegar.

Si, como dije, a pesar de las fatigas diarias, perpetuas y gigantescas, ponen los hombres tanto cuidado en morir lo más tarde posible, ¿cuánto mayor no debe ser el esmero para no morir nunca? Más en esto nadie quiere pensar. A diario se buscan días buenos en este siglo en que no los hay y nadie quiere vivir de modo adecuado para llegar a donde se encuentran. Por ello nos amonesta la Escritura con estas palabras: *¿Quién es el hombre que ama la vida y quiere ver días buenos?* La pregunta la hizo la Escritura, que sabía ya lo que se iba a responder. Sabe, en efecto, que todos los

hombres buscan la vida y los días buenos. De la misma manera, vosotros, al hablaros y decir: *¿Quién es el hombre que ama la vida y quiere ver días buenos?*, todos respondisteis en vuestro corazón: «Yo». Porque también yo que os hablo amo la vida y los días buenos. Lo que buscáis vosotros, eso busco yo también.

Si todos necesitáramos oro y yo quisiera conseguirlo en vuestra compañía; si se hallare en cualquier sitio de vuestro campo, en cualquier posesión vuestra y viéndoos buscarlo os preguntase: «¿Qué buscáis?», me responderíais: «Oro». «Yo también, os diría: ¿Buscáis oro? También yo lo busco. Lo que vosotros buscáis también yo lo busco, pero advertid que no lo buscáis donde podemos encontrarlo. Por tanto, escuchad de mi boca dónde podemos hallarle. Yo no os lo quito; os muestro el yacimiento; más aún, sigamos todos a quien conoce dónde se encuentra lo que buscamos». Así también ahora, puesto que deseáis la vida y los días buenos, no os podemos decir: «No deseéis la vida y los días buenos», sino que os decimos: «No busquéis la vida y los días buenos aquí en este siglo en el que no pueden ser buenos». ¿Por ventura no es semejante esta vida a la muerte? Estos días pasan corriendo, porque el día de hoy echó fuera al de ayer; el de mañana nace para excluir al de hoy; es más, si ni los días permanecen, ¿por qué, entonces, quieres tú permanecer con ellos? Por tanto, no sólo no coarto vuestro deseo de vida y días buenos, sino que lo excito con mayor vehemencia. Buscad, pues, la vida; buscad los días buenos, pero buscadlos donde pueden encontrarse.

¿Queréis oír conmigo el consejo de quien conoce dónde se hallan los días buenos y la vida? Oídllo, no de mi boca, sino en mi compañía. Hay alguien que nos dice: *Venid, hijos, oídme*. Acudamos juntos, plantémonos en pie, prestemos atención y con el corazón comprendamos lo que dice el Padre: *Venid, hijos, oídme; os enseñaré el temor de Dios*. Qué pretende enseñarnos y a quién es útil el temor de Dios, lo explica a continuación con estas palabras: *¿Quién es el hombre que ama la vida y quiere ver días buenos?* Todos respondemos: «Nosotros». Pero oigamos lo que sigue: *Reprime tu lengua del mal y no hablen tus labios mentira*. Di ahora: «Yo». Nada más preguntar: *¿Quién es el hombre que ama la vida y quiere ver días buenos?*, respondíamos todos al instante: «Yo». ¡Ea, pues!; que alguien me diga ahora: «Yo». Por tanto, *Reprime tu lengua del mal y no digan mentira tus labios*. Y ahora di: «Yo». Luego, ¿amas la vida y los días buenos y no quieres reprimir tu lengua del mal y tus labios para que no hablen mentira? ¡Qué diligente eres para el premio y cuan perezoso para el trabajo! ¿A quién se le da el salario sin haber trabajado? ¡Ojalá pagues el jornal a quien trabaja en tu casa! Pues estoy seguro de que a quien no trabaja no se lo pagas. ¿Por qué? Porque al que no trabaja nada le debes. También Dios prometió un salario. ¿Cuál? *La vida y los días buenos*, que todos deseamos y a los que todos intentamos llegar. Y nos dará la recompensa prometida. ¿Qué recompensa? *La vida y los días buenos*. ¿Qué son los días buenos? La vida sin fin y el descanso sin trabajo.

Prometió un salario altísimo. Veamos lo que exige para conseguirlo. Inflamados de amor por tal promesa dispongamos ya nuestras fuerzas, nuestros hombros y nuestros brazos para cumplir su mandato. Pero ¿qué?, ¿nos ha de mandar llevar una gran carga, quizá tomar pico y pala, o, tal vez, levantar un edificio? Nada difícil te mandó; sólo que reprimas el miembro que entre todos mueves con más rapidez; éste es el que te manda reprimir: *Reprime tu lengua del mal*. No es trabajo levantar un edificio, y ¿lo es contener la lengua? *Reprime tu lengua del mal*. No digas mentiras, no recrimines, no calumnies, no profieras falsos testimonios, no blasfemes. *Reprime tu lengua del mal*. Considera tu enojo cuando alguien habla mal de ti. Como te enojas contra quien habló mal de ti, enójate así contigo mismo cuando hables mal de otro. *No hablen mentira tus labios*. Lo que hay dentro de tu corazón, eso dígase fuera. Que no se oculte una cosa en el corazón y profiera otra la lengua. *Apártate del mal y obra el bien*. Pues ¿cómo he de decir «Viste al desnudo» a quien todavía

quiere desnudar al vestido? ¿Cómo es posible que reciba a un peregrino quien oprime a un conciudadano? Luego, siguiendo el orden, ante todo *apártate del mal y haz el bien*; primero ciñe tus lomos y luego enciende la lámpara. Y cuando hayas hecho esto, espera tranquilo *la vida y los días buenos*. *Busca la paz y persíguela* y entonces, con la frente levantada, dirás al Señor: «Hice lo que ordenaste; dame lo que prometiste».

(*Sermones (X)*, Sermón 108, 1-7, BAC Madrid 1983, pág. 770-77)

FRANCISCO – Ángelus 2013

El deseo del encuentro definitivo con Cristo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (Lc 12, 32-48) nos habla del deseo del encuentro definitivo con Cristo, un deseo que nos hace estar siempre preparados, con el espíritu en vela, porque esperamos este encuentro con todo el corazón, con todo nosotros mismos. Este es un aspecto fundamental de la vida. Existe un deseo que todos nosotros, sea explícito u oculto, tenemos en el corazón. Todos nosotros tenemos este deseo en el corazón.

Esta enseñanza de Jesús también es importante verla en el contexto concreto, existencial, donde Él la transmitió. En este caso, el evangelista Lucas nos presenta a Jesús caminando con sus discípulos hacia Jerusalén, hacia su Pascua de muerte y resurrección, y en este camino los educa confiándoles lo que Él mismo lleva en el corazón, las actitudes profundas de alma. Entre estas actitudes está el desapego de los bienes terrenos, la confianza en la providencia del Padre y, precisamente, la vigilancia interior, la espera activa del reino de Dios. Para Jesús es la espera del regreso a la casa del Padre. Para nosotros es la espera de Cristo mismo, que vendrá a buscarnos para llevarnos a la fiesta sin fin, como ya hizo con su Madre María santísima: la llevó al Cielo con Él.

Este Evangelio quiere decirnos que el cristiano es alguien que lleva dentro de sí un deseo grande, un deseo profundo: el de encontrarse con su Señor junto a los hermanos, a los compañeros de camino. Y todo esto que Jesús nos dice se resume en un famoso dicho de Jesús: **“Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”** (Lc 12, 34). El corazón que desea. Pero todos nosotros tenemos un deseo. La pobre gente es la que no tiene deseo; el deseo de seguir adelante, hacia el horizonte; y para nosotros cristianos este horizonte es el encuentro con Jesús, el encuentro precisamente con Él, que es nuestra vida, nuestra alegría, lo que nos hace felices. Pero yo os haría dos preguntas. La primera: todos vosotros, ¿tenéis un corazón deseoso, un corazón que desea? Pensad y responded en silencio y en tu corazón: tú, ¿tienes un corazón que desea, o tienes un corazón cerrado, un corazón adormecido, un corazón anestesiado por las cosas de la vida? El deseo: seguir adelante hacia el encuentro con Jesús. Y la segunda: ¿dónde está tu tesoro, aquello que tú deseas? – porque Jesús nos dijo: **Donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón**–. Y yo pregunto: ¿dónde está tu tesoro? ¿Cuál es para ti la realidad más importante, más valiosa, la realidad que atrae mi corazón como un imán? ¿Qué es lo que atrae tu corazón? ¿Puedo decir que es el amor de Dios? ¿Están las ganas de hacer el bien a los demás, de vivir para el Señor y para nuestros hermanos? ¿Puedo decir esto? Cada uno responda en su corazón.

Pero alguien puede decirme: Padre, pero yo soy uno que trabaja, que tiene familia, para mí la realidad más importante es sacar adelante a mi familia, el trabajo... Cierto, es verdad, es importante. Pero, ¿cuál es la fuerza que mantiene unida a la familia? Es precisamente el amor, y quien siembra el amor en nuestro corazón es Dios, el amor de Dios, es precisamente el amor de Dios quien da sentido

a los pequeños compromisos cotidianos e incluso ayuda a afrontar las grandes pruebas. Este es el verdadero tesoro del hombre. Seguir adelante en la vida con amor, con ese amor que el Señor sembró en el corazón, con el amor de Dios. Este es el verdadero tesoro.

Pero el amor de Dios, ¿qué es? No es algo vago, un sentimiento genérico. El amor de Dios tiene un nombre y un rostro: Jesucristo, Jesús. El amor de Dios se manifiesta en Jesús. Porque nosotros no podemos amar el aire... ¿Amamos el aire? ¿Amamos el todo? No, no se puede, amamos a personas, y la persona que nosotros amamos es Jesús, el regalo del Padre entre nosotros. Es un amor que da valor y belleza a todo lo demás; un amor que da fuerza a la familia, al trabajo, al estudio, a la amistad, al arte, a toda actividad humana. Y da sentido también a las experiencias negativas, porque este amor nos permite ir más allá de estas experiencias, ir más allá, no permanecer prisioneros del mal, sino que nos hace ir más allá, nos abre siempre a la esperanza. He aquí que el amor de Dios en Jesús siempre nos abre a la esperanza, al horizonte de esperanza, al horizonte final de nuestra peregrinación. Así, incluso las fatigas y las caídas encuentran un sentido. También nuestros pecados encuentran un sentido en el amor de Dios, porque este amor de Dios en Jesucristo nos perdona siempre, nos ama tanto que nos perdona siempre.

Queridos hermanos, hoy en la Iglesia hacemos memoria de santa Clara de Asís, que siguiendo los pasos de Francisco dejó todo para consagrarse a Cristo en la pobreza. Santa Clara nos da un testimonio muy bello de este Evangelio de hoy: que ella nos ayude, junto con la Virgen María, a vivirlo también nosotros, cada uno según la propia vocación.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

2007

Despiertos y vigilantes para recibir a Jesús cuando venga en su gloria

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de este XIX domingo del tiempo ordinario nos prepara, de algún modo, a la solemnidad de la Asunción de María al cielo, que celebraremos el próximo 15 de agosto. En efecto, está totalmente orientada al futuro, al cielo, donde la Virgen santísima nos ha precedido en la alegría del paraíso. En particular, la página evangélica, prosiguiendo el mensaje del domingo pasado, invita a los cristianos a desapegarse de los bienes materiales, en gran parte ilusorios, y a cumplir fielmente su deber tendiendo siempre hacia lo alto. El creyente permanece despierto y vigilante a fin de estar preparado para acoger a Jesús cuando venga en su gloria. Con ejemplos tomados de la vida diaria, el Señor exhorta a sus discípulos, es decir, a nosotros, a vivir con esta disposición interior, como los criados de la parábola, que esperan la vuelta de su señor. “Dichosos los criados —dice— a quienes el Señor, al llegar, encuentre en vela” (*Lc 12, 37*). Por tanto, debemos velar, orando y haciendo el bien.

Es verdad, en la tierra todos estamos de paso, como oportunamente nos lo recuerda la segunda lectura de la liturgia de hoy, tomada de la carta a los Hebreos. Nos presenta a Abraham, vestido de peregrino, como un nómada que vive en una tienda y habita en una región extranjera. Lo guía la fe. “Por fe —escribe el autor sagrado— obedeció Abraham a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber a dónde iba” (*Hb 11, 8*). En efecto, su verdadera meta era “la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor es Dios” (*Hb 11, 10*). La ciudad a la que se alude no está en este mundo, sino que es la Jerusalén celestial, el paraíso. Era muy consciente de ello la comunidad cristiana primitiva, que se consideraba “forastera” en la tierra y llamaba a sus núcleos residentes en las ciudades “parroquias”, que significa precisamente colonias de extranjeros

(en griego, *pàroikoi*) (cf. *1 P 2, 11*). De este modo, los primeros cristianos expresaban la característica más importante de la Iglesia, que es precisamente la tensión hacia el cielo.

Por tanto, la liturgia de la Palabra de hoy quiere invitarnos a pensar “en la vida del mundo futuro”, como repetimos cada vez que con el Credo hacemos nuestra profesión de fe. Una invitación a gastar nuestra existencia de modo sabio y providente, a considerar atentamente nuestro destino, es decir, las realidades que llamamos últimas: la muerte, el juicio final, la eternidad, el infierno y el paraíso. Precisamente así asumimos nuestra responsabilidad ante el mundo y construimos un mundo mejor.

La Virgen María, que desde el cielo vela sobre nosotros, nos ayude a no olvidar que aquí, en la tierra, estamos sólo de paso, y nos enseñe a prepararnos para encontrar a Jesús, que “está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso y desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos”.

2010

Usar las cosas sin egoísmo, según la lógica de Dios, la de la atención a los demás

Queridos hermanos y hermanas:

En el pasaje evangélico de este domingo prosigue el discurso de Jesús a los discípulos sobre el valor de la persona a los ojos de Dios y sobre la inutilidad de las preocupaciones terrenas. No se trata de un elogio al desinterés. Es más, al escuchar la invitación tranquilizadora de Jesús: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (*Lc12, 32*), nuestro corazón se abre a una esperanza que ilumina y anima la existencia concreta: tenemos la certeza de que «el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva» (*Spe salvi, 2*). Como leemos en el pasaje de la *carta a los Hebreos* en la liturgia de hoy, Abraham se adentra con corazón confiado en la esperanza que Dios le abre: la promesa de una tierra y de una «descendencia numerosa», y sale «sin saber a dónde iba», confiando sólo en Dios (cf. *11, 8-12*). Y Jesús en el Evangelio de hoy —mediante tres parábolas— ilustra cómo la espera del cumplimiento de la «bienaventurada esperanza», su venida, debe impulsar todavía más a una vida intensa, llena de obras buenas: «Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni la polilla» (*Lc12, 33*). Se trata de una invitación a usar las cosas sin egoísmo, sin sed de posesión o de dominio, sino según la lógica de Dios, la lógica de la atención a los demás, la lógica del amor: como escribe sintéticamente Romano Guardini, «en la forma de una relación: a partir de Dios, con vistas a Dios» (*Accettare se stessi*, Brescia 1992, p. 44).

Al respecto, deseo llamar la atención hacia algunos santos que celebraremos esta semana y que plantearon su vida precisamente a partir de Dios y con vistas a Dios. Hoy recordamos a santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden Dominicana en el siglo XIII, que lleva a cabo la misión de instruir a la sociedad sobre las verdades de fe, preparándose con el estudio y la oración. En la misma época, santa Clara de Asís —a quien recordaremos el miércoles próximo—, prosiguiendo la obra franciscana, fundó la Orden de las Clarisas. El 10 de agosto recordaremos al diácono san Lorenzo, mártir del siglo III, cuyas reliquias se veneran en Roma en la basílica de San Lorenzo extramuros. Por último, haremos memoria de otros dos mártires del siglo XX que compartieron el mismo destino en Auschwitz. El 9 de agosto recordaremos a la santa carmelita Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein, y el 14 de agosto al sacerdote franciscano san Maximiliano María Kolbe,

fundador de la Milicia de María Inmaculada. Ambos atravesaron el oscuro tiempo de la segunda guerra mundial, sin perder nunca de vista la esperanza, el Dios de la vida y del amor.

Confiemos en el apoyo materno de la Virgen María, Reina de los santos, que comparte amorosamente nuestra peregrinación. A ella dirijamos nuestra oración.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La obediencia de la fe

144 Obedecer (“ob-audire”) en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, “el padre de todos los creyentes”

145 La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: “Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba” (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17).

146 Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (Hb 11,1). “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia” (Rom 4,3; cf. Gn 15,6). Gracias a esta “fe poderosa” (Rom 4,20), Abraham vino a ser “el padre de todos los creyentes” (Rom 4,11.18; cf. Gn 15,15).

147 El Antiguo Testamento es rico en testimonios acerca de esta fe. La carta a los Hebreos proclama el elogio de la fe ejemplar de los antiguos, por la cual “fueron alabados” (Hb 11,2.39). Sin embargo, “Dios tenía ya dispuesto algo mejor”: la gracia de creer en su Hijo Jesús, “el que inicia y consuma la fe” (Hb 11,40; 12,2).

María: “Dichosa la que ha creído”

148 La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que “nada es imposible para Dios” (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Isabel la saludó: “¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

149 Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf. Lc 2,35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el “cumplimiento” de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

La virtud de la esperanza

1817 La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa” (Hb 10,23). “El Espíritu Santo que él

derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna” (Tt 3,6-7).

1818 La virtud de la esperanza responde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.

1819 La esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido que tiene su origen y su modelo en la esperanza de Abraham, colmada en Isaac, de las promesas de Dios y purificada por la prueba del sacrificio (cf Gn 17,4-8; 22,1-18). “Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones” (Rm 4,18).

1820 La esperanza cristiana se manifiesta desde el comienzo de la predicación de Jesús en la proclamación de las bienaventuranzas. Las bienaventuranzas elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. Pero por los méritos de Jesucristo y de su pasión, Dios nos guarda en “la esperanza que no falla” (Rom 5,5). La esperanza es “el ancla del alma”, segura y firme, “que penetra...adonde entró por nosotros como precursor Jesús” (Hb 6,19-20). Es también un arma que nos protege en el combate de la salvación: “Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación” (1 Ts 5,8). Nos procura el gozo en la prueba misma: “Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación” (Rm 12,12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del Padre Nuestro, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear.

1821 Podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman (cf Rm 8,28-30) y hacen su voluntad (cf Mt 7,21). En toda circunstancia, cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, “perseverar hasta el fin” (cf Mt 10,22; cf Cc de Trento: DS 1541) y obtener el gozo del cielo, como eterna recompensa de Dios por las obras buenas realizadas con la gracia de Cristo. En la esperanza, la Iglesia implora que “todos los hombres se salven” (1 Tm 2,4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo:

Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin (S. Teresa de Jesús, excl. 15,3).

La oración, humilde vigilancia del corazón

II NECESIDAD DE UNA HUMILDE VIGILANCIA

Frente a las dificultades de la oración

2729 La dificultad habitual de la oración es la distracción. En la oración vocal, la distracción puede referirse a las palabras y al sentido de éstas. La distracción, de un modo más profundo, puede referirse a Aquel al que oramos, tanto en la oración vocal (litúrgica o personal), como en la meditación y en la oración contemplativa. Salir a la caza de la distracción es caer en sus redes; basta volver a concentrarse en la oración: la distracción descubre al que ora aquello a lo que su corazón está apegado. Esta toma de conciencia debe empujar al orante a ofrecerse al Señor para ser purificado. El combate se decide cuando se elige a quién se desea servir (cf Mt 6,21.24).

2730 Mirado positivamente, el combate contra el yo posesivo y dominador consiste en la vigilancia. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación a Él, a su Venida, al último día y al “hoy”. El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: “Dice de ti mi corazón: busca su rostro” (Sal 27, 8).

2731 Otra dificultad, especialmente para los que quieren sinceramente orar, es la sequedad. Forma parte de la contemplación en la que el corazón está seco, sin gusto por los pensamientos, recuerdos y sentimientos, incluso espirituales. Es el momento en que la fe es más pura, la fe que se mantiene firme junto a Jesús en su agonía y en el sepulcro. “El grano de trigo, si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24). Si la sequedad se debe a falta de raíz, porque la Palabra ha caído sobre roca, no hay éxito en el combate sin una mayor conversión (cf Lc 8, 6. 13).

Frente a las tentaciones en la oración

2732 La tentación más frecuente, la más oculta, es nuestra falta de fe. Esta se expresa menos en una incredulidad declarada que en unas preferencias de hecho. Se empieza a orar y se presentan como prioritarios mil trabajos y cuidados que se consideran más urgentes.

2733 Otra tentación a la que abre la puerta la presunción es la acedia. Los Padres espirituales entienden por ella una forma de aspereza o de desabrimiento debidos al relajamiento de la ascesis, al descuido de la vigilancia, a la negligencia del corazón. “El espíritu está pronto pero la carne es débil” (Mt 26, 41). El desaliento, doloroso, es el reverso de la presunción. Quien es humilde no se extraña de su miseria; ésta le lleva a una mayor confianza, a mantenerse firme en la constancia.

Abrahán, modelo de fe

165 Entonces es cuando debemos volvernos hacia los *testigos de la fe*: Abraham, que creyó, “esperando contra toda esperanza” (Rom 4,18); la Virgen María que, en “la peregrinación de la fe” (LG 58), llegó hasta la “noche de la fe” (Juan Pablo II, R Mat 18) participando en el sufrimiento de su Hijo y en la noche de su sepulcro; y tantos otros testigos de la fe: “También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe” (Hb 12,1-2).

2572 Como última purificación de su fe, se le pide al “que había recibido las promesas” (Hb 11, 17) que sacrifique al hijo que Dios le ha dado. Su fe no vacila: “Dios proveerá el cordero para el holocausto” (Gn 22, 8), “pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos” (Hb 11, 19). Así, el padre de los creyentes se hace semejante al Padre que no perdonará a su propio Hijo sino que lo entregará por todos nosotros (cf Rm 8, 32). La oración restablece al hombre en la semejanza con Dios y le hace participar en la potencia del amor de Dios que salva a la multitud (cf Rm 4, 16-21).

2676 Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la oración del Ave María:

“Dios te salve, María [Alégrate, María]”. La salutación del Ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava (cf Lc 1, 48) y a alegrarnos con el gozo que El encuentra en ella (cf So 3, 17b)

“Llena de gracia, el Señor es contigo”: Las dos palabras del saludo del ángel se aclaran mutuamente. María es la llena de gracia porque el Señor está con ella. La gracia de la que está colmada es la presencia de Aquél que es la fuente de toda gracia. “Alégrate... Hija de Jerusalén... el

Señor está en medio de ti” (So 3, 14, 17a). María, en quien va a habitar el Señor, es en persona la hija de Sión, el arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es “la morada de Dios entre los hombres” (Ap 21, 3). “Llena de gracia”, se ha dado toda al que viene a habitar en ella y al que entregará al mundo.

“Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. Después del saludo del ángel, hacemos nuestro el de Isabel. “Llena del Espíritu Santo” (Lc 1, 41), Isabel es la primera en la larga serie de las generaciones que llaman bienaventurada a María (cf. Lc 1, 48): “Bienaventurada la que ha creído...” (Lc 1, 45): María es “bendita entre todas las mujeres” porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor. Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las “naciones de la tierra” (Gn 12, 3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquél que es la bendición misma de Dios: Jesús, el fruto bendito de su vientre.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Vigilad y estad preparados

Escuchemos inmediatamente la parte del Evangelio de la que intentamos partir para nuestra reflexión: «Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame».

En el Evangelio del Domingo pasado, después de haber instruido a los discípulos sobre el correcto uso de las *cosas*, les exhorta Jesús en este fragmento sobre el correcto uso del *tiempo*. Estamos ante una serie de imágenes y de parábolas con las que estimula a la vigilancia en la espera de su retorno.

La cintura ceñida es la forma de quien está dispuesto a ponerse en camino, como los hebreos durante la celebración de la Pascua en Egipto (cfr. *Éxodo* 12, 11), Y es también la disposición para emprender el trabajo.

La lámpara encendida revela a uno que se dispone a pasar la noche vigilando en espera de alguien. Jesús ha desarrollado esta imagen en la parábola de las diez vírgenes, que esperaban el regreso del esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco necias. Las cinco prudentes, junto con las lámparas, tomaron consigo el aceite; las cinco necias, no. Cuando finalmente, llega el esposo a media noche las cinco, que tienen encendidas las lámparas, entran con él al banquete; mientras que las cinco, que tienen las lámparas apagadas, llaman en vano a la puerta y son abandonadas fuera (cfr. *Mateo* 25, lss.). Tiene la lámpara encendida quien tiene los ojos abiertos, la atención despierta, el que es consciente de dónde se encuentra y qué debe hacer; quien no se hunde en la inconsciencia del sueño. La lámpara encendida, en definitiva, es la fe. Vive con la lámpara apagada quien vive sin la gracia de Dios, en estado de pecado y de total olvido de Dios.

Jesús enseña esta necesidad de la vigilancia aún con otra imagen, la del ladrón en la noche: «Comprended que si supiera el amo de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».

Quisiera yo proseguir en la línea de Jesús y añadir, asimismo, otra imagen, una nueva historia, que nos ayude a imprimir mejor esta enseñanza en la mente. Se trata del *Himno de la perla*, que se remonta a la literatura medio-oriental del primero o segundo siglo después de Cristo y que nos ha sido transmitido por el apócrifo *Hechos de Tomás*. Se narra la historia de un joven príncipe enviado

por su padre desde el Oriente, Mesopotamia, a Egipto para recuperar una determinada perla, caída en manos de un cruel dragón, que la custodia en su caverna. Llegado al lugar, el joven se deja extraviar; come una comida, que le han preparado con astucia los habitantes del lugar y que le hace caer en un sueño profundo, sin fin. El padre, alarmado por el prolongarse de la espera, envía a un águila, como mensajera suya, que lleva en su pico una carta escrita de su puño. Cuando el águila vuela sobre donde está el joven, la carta del padre se transforma en un grito, que dice: «¡Despiértate, recuerda quién eres, recuerda para qué has bajado a Egipto y a quién debes volver!» El príncipe se despierta, vuelve a tomar conciencia, lucha y vence al dragón y, con la perla reconquistada, hace la vuelta al palacio real donde hay preparado un gran banquete para él.

Hasta aquí el significado religioso es transparente. El joven príncipe es el hombre enviado de Oriente a Egipto, esto es, de Dios al mundo; la perla preciosa es su alma inmortal, tenida prisionera por el pecado y por Satanás. Él se deja engañar por los placeres del mundo y se sume en una especie de letargo, esto es, en el olvido de sí, de Dios, de su destino eterno, de todo. Para volver en sí, en este caso, no ha sido el beso de un príncipe o de una princesa sino el grito de un mensajero celestial. Para los cristianos, este mensajero, enviado por el Padre, es Cristo, que le grita al hombre, como se hace en el Evangelio de hoy, para despertarle, estar vigilante, recordar para qué está en el mundo.

No sabemos si existe una relación directa entre los dos escritos; pero, aquel grito del *Himno de la perla* se encuentra tal cual casi en la carta de san Pablo a los Efesios: «Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo» (*Efesios 5,14*).

Cuando se habla de la necesidad de vigilar y de estar dispuestos, se puede caer fácilmente en un equívoco: el pensar que todo esto se refiera solamente a la venida final de Cristo, que se realizará al fin del mundo, y habrá que tomarlo singularmente para cada uno de nosotros como referido a nuestra muerte. Pero, si es cierto que hay una venida de Cristo, que tendrá lugar en el último día, hay otra cosa que sucede cada día. Es la venida de la gracia, venida silenciosa, en la que el Señor llama discretamente a nuestra puerta con su palabra, con una inspiración, con un acontecimiento, con un sufrimiento...

En el Apocalipsis, Jesús resucitado vuelve a tomar la imagen del amo que llega y llama a la puerta; pero, usando los verbos en presente, no ya en futuro: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (*Apocalipsis 3, 20*).

Ahora, está ya en la puerta. El pintor inglés Holman Hunt (1827-1910), de la escuela llamada de los pre-rafaelistas, se ha inspirado en este versículo para un famoso cuadro titulado *Cristo luz del mundo*. El cuadro giró por las colonias inglesas y, después, fue colocado en la catedral de san Pablo, en Londres, en donde se halla ahora. Jesús está delante de una puerta en la que han crecido zarzas y hierbajos. Apenas acaba de llamar y está esperando un signo de respuesta. Alguien hizo notar al pintor, muy preciso y metódico en los detalles, que todavía había un error en su cuadro: «Habéis olvidado poner la manivela en la puerta». (En efecto, se ve el hueco de la llave; pero, no hay traza de manivela). El pintor respondió de inmediato: «Oh, no; esto ha sido hecho adrede. Sí, hay una sola manivela en esta puerta y está en el interior». Quería decirnos que tenemos que ser nosotros quienes abramos a Cristo, que llama. Él respeta nuestra libertad; llama y espera, no entra con prepotencia.

Este cuadro no está pintado para enriquecer algún museo sino para hacer reflexionar a quien lo contempla. Cada uno debiera darse cuenta que detrás de aquella puerta cerrada está él; que todo esto sucede mientras se está fuera de la puerta de su casa, de su alma. Con lo que viene espontáneo el

volver a pensar en la advertencia escuchada al principio: «Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame».

Ha llegado a ser famosa la frase de Agustín: «Tengo miedo al Jesús que pasa» (*timeo Jesum transeuntem*). Tengo miedo que pase y yo no me dé cuenta y, así, que pase en vano, sin saber si habrá una segunda vez. El Espíritu Santo nos ayudará a descubrir qué significa en este momento de nuestra vida para cada uno de nosotros abrir la puerta a Cristo; y, en concreto, qué puerta debemos abrirle: si la de la inteligencia o la del corazón, si la de nuestros sentimientos o la de nuestras finanzas.

Sin embargo, hay que hacer una advertencia: frecuentemente Cristo se presenta de incógnito o hasta travestido. No como lo vemos en el cuadro de Hunt, inconfundible con sus cabellos a lo nazareno, la corona de espinas, el manto real; pero, llevando trapos o paños de pobre, de necesitado, del que sufre. Estemos atentos para no faltar cuando llegue la ocasión.

En la leyenda, al joven príncipe le esperaba un banquete real a su regreso de Egipto, después de haberse despertado del sueño y haberse llevado de nuevo a casa la perla preciosa. Lo mismo promete Jesús en el Evangelio de hayal discípulo, que encuentre dispuesto o en vela, recordando con la imagen del banquete toda la felicidad eterna de los elegidos: «Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo».

¡Que nadie de nosotros sea encontrado con la lámpara apagada y quede excluido para siempre del banquete de la vida!

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Con la cabeza en el Cielo

La primera afirmación de Nuestro Señor que nos ofrece hoy la Iglesia con este pasaje de san Lucas, plantea –en su admirable sencillez, que no admite discusión ni interpretaciones ajenas a su sentido literal– todo un enfoque de la vida humana: **Vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino**, dice el Señor a los suyos. Y todo el resto del pasaje que leemos a continuación, son una serie de consejos prácticos razonables, teniendo en cuenta que ese **Reino** es el deseo de Dios, nuestro Creador, Señor y Padre para sus hijos los hombres.

Quiere Jesucristo salir al paso de algunas corruptelas que se nos pueden introducir y serían obstáculos, no poco importantes, para alcanzar ese **Reino** que tenemos como singular destino, y es la razón de la gran dignidad y grandeza humanas. Comienza su discurso el Señor refiriéndose a los medios materiales –en los que erróneamente podríamos poner el objeto último de nuestras inquietudes– por más que nos demos cuenta de que son necesariamente sólo medios perecederos. Sin embargo, la falta de fe y el consentimiento en el apego a las riquezas, nos inducen más y más al engaño. En el fondo, de sobra sabemos que los medios materiales deben ser sólo “medios”, meros instrumentos que, en definitiva, nos sirven para alcanzar nuestro único verdadero fin: la Vida Eterna. Ponerlos en la práctica en lugar de la Eterna Bienaventuranza, amándolos en sí mismos, equivale a errar en el sentido y destino de la vida: el fracaso existencial del hombre. Pidamos, pues, la luz del Espíritu Santo, para no dejarnos engañar por un desmedido atractivo –falso– de los bienes de este mundo. Que veamos la realidad tal como es: los medios, no como fines, pues no pasan de ser instrumentos y, en cambio, la Eterna Bienaventuranza, con su inapreciable y único valor: esa

inapreciable **perla escondida**, que da sentido a la vida del hombre, con todo el trabajo que reclama su posesión.

Anima Jesús a la vigilancia: cualquier día, en cualquier circunstancia, tal vez cuando no esperamos, nos puede sobrevenir la muerte, el definitivo ingreso en la eternidad. Sabemos, por experiencia, que se nos puede hacer justicia de lo vivido sin previo aviso: “¡Quién nos lo iba a decir..., si ayer mismo habíamos comentado..., y hoy, un accidente de verdadera mala suerte..., ese proceso incurable y fulminante...: no somos nadie!”. Así solemos comentar. **Vosotros estad también preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.** El consejo del Señor es de sensata amistad, de verdadero amor a quienes se quiere, a quienes se desea lo mejor aún a costa de exigirles. Más fácil sería –mucho más fácil también de aconsejar– consentir en una conducta despreocupada y cómoda, aunque irresponsable. Pero no sería manifestación de amor, sino posiblemente de secreta complicidad en el fracaso que se avecina.

Alaba finalmente Jesús la conducta del siervo que se comporta de acuerdo con lo que se le indicó: **Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando.** Porque actuar como Dios espera no es cosa del último momento. No podemos pensar astutamente: “cuando prevea próximo mi final, entonces..., que aún soy muy joven..., y no debo preocuparme por el momento”. El amor de Dios por los hombres se manifiesta de continuo: cada día de nuestra vida y durante generaciones con la humanidad. La vigilancia, pues, que nos pide Dios, es una actitud permanente –las veinticuatro horas del día– de atención a ese amor de Padre que nos dispensa. ¿No debemos acaso devolver amor por amor? ¿No es lógico, y propio de personas agradecidas que valoran los dones recibidos, intentar comportarnos como los mejores hijos con semejante Padre?

Nuestra Madre Inmaculada, la mejor de las hijas de Dios, nos dará, si se lo pedimos, un corazón para amar a Dios a la medida del corazón de Jesucristo, su Hijo.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

Jesús nos libera de los miedos

El Evangelio de hoy ofrece sin duda muchos puntos de reflexión: la fe, la vigilancia, la limosna, el hacerse pobre. Pero a mí me llega especialmente el contenido en la frase inicial: *No temas, pequeño rebaño, porque el Padre de ustedes ha querido darles el Reino.* Esta frase concluye la primera parte del capítulo 12 de Lucas que está totalmente dedicada a la enseñanza de Jesús sobre qué deben o no deben temer sus discípulos: *No teman a los que matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más... teman a aquel que, después de matar, tiene el poder de arrojar a la Gehena* (Lc. 12,4-5).

De las palabras de Jesús, resulta claro que hay dos tipos de temor, de acuerdo con el objeto que se teme: el temor de Dios y el temor a los hombres o las cosas. Intentemos examinarlos separadamente.

El temor de Dios, o el temor religioso, se presenta en dos formas. Hay un temor de Dios (al que llamaría temor metafísico) que es ‘simple consecuencia del hecho de que Dios es Dios y nosotros somos hombres; es el sentimiento de lo divino y lo sobrenatural. Cuando Yahvé se manifiesta “todo el pueblo se estremeció de temor” (cf Ex. 19. 16ssq.). La cosa se repite con Jesús: frente al poder de Jesús en el lago, los discípulos son presa de gran temor (cf. Mc. 4.41); en el Tabor, los discípulos están llenos de temor (cf. Mc. 9,6). Dios reanima al hombre, lo sostiene en este miedo,

acompañando generalmente su aparición con las palabras: “¡No temas! Soy yo, tu Dios”. Se lo dice a Abraham, a María, a Pablo.

Hay un segundo temor de Dios que está conectado en cambio con el pecado y que es o miedo a cometer el pecado o miedo por haber cometido el pecado. Este último se identifica con el sentimiento de culpa, o remordimiento, y aparece inmediatamente después del pecado: *Oí tus pasos por el jardín y tuve miedo porque estaba desnudo* (Gen. 3,10).

En general, cuando la Biblia inculca como un valor y un don del Espíritu Santo el temor de Dios, habla de la primera clase de temor: el que precede al pecado y que lleva a evitar el pecado mismo. Este temor de Dios es llamado “el comienzo de la sabiduría”. Es el temor del que habla Jesús en nuestro texto cuando dice: *teman a aquel que, después de matar, tiene el poder de arrojar a la Gehena*. Se trata de un valor universal, una etapa obligada de toda experiencia religiosa. Mas, para el Evangelio, no es la última etapa; la última etapa es el amor; el supremo mandamiento de Dios no es: *Temerás al Señor tu Dios con todo tu corazón*, sino: *¡Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón!* Si Jesús inculca aquí temer a Dios y no a los hombres es porque no se pasa del miedo a los hombres directamente al amor de Dios, sin pasar a través del temor de Dios. Juan dice: *En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor, porque el temor supone un castigo, y el que teme no ha llegado a la plenitud del amor* (1 Jn. 4,18).

No hace falta despreciar el temor de Dios, sino aspirar a tener un amor tal que elimine el temor y lo haga casi superfluo. Pablo exhorta a no quedarse en una religiosidad basada en la observancia de la ley, porque ésta alimenta el miedo a la transgresión y mantiene en el miedo, transformando a Dios de Padre en patrón: *y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba! es decir ¡Padre!* (Rom. 8,15).

No obstante, no debemos esquematizar excesivamente y oponer demasiado nítidamente el espíritu del temor de Dios al espíritu del amor a Dios; hay una forma de temor de Dios —el temor reverencial— que es muy cercano al amor y es bueno incluso en las relaciones entre hijo y padre (¡especialmente en la relación con este Padre!). Este puede y debe coexistir también con el sentimiento de confianza; de él habla el Salmo responsorial de hoy cuando dice: *Los ojos del Señor están puestos en quien le teme*. En el fondo del sentimiento de adoración y alabanza, siempre hay un poco de ese sentimiento de temor reverencial que anteriormente llamé sentimiento de lo divino y lo sobrenatural.

El temor a los hombres. El capítulo 12 de Lucas, de donde está tomado el Evangelio de hoy (igual que Mateo 10) no nos habla tanto del temor de Dios, como de los otros temores; más aún, habla del primero, sólo como antídoto de estos otros miedos. Ya había dicho que es el *Leitmotiv* del capítulo: *No teman* (12,7); *No se inquieten por lo que deben decir* (12,11); *No se inquieten por la comida* (12,22). Con esto, son dos las cosas afectadas por la palabra de Jesús: el miedo y el ansia. Está oculto aquí un anuncio grande y dulce: el Evangelio no es buena noticia solamente para el cerebro, sino también para el corazón; no libera solamente de la ignorancia, sino también del miedo; no solamente de la opresión exterior, sociológica, sino también de la opresión interior, psicológica.

El miedo es nuestra condición existencial; nos acompaña desde la infancia hasta la muerte. El niño tiene miedo a muchas cosas (terrores infantiles); el adolescente tiene miedo al otro sexo y se encierra en complejos de timidez e inferioridad; el adulto experimenta la angustia del mundo, del futuro, advierte su vulnerabilidad de una manera violenta y enloquecida. En la primera encíclica del papa Juan Pablo II, “*Redemptor hominis*”, hay un párrafo titulado: “A qué le teme el hombre

contemporáneo”, donde leemos: “El hombre de hoy parece estar siempre amenazado por lo que produce... Los frutos de esta actividad multiforme del hombre se vuelven contra el hombre mismo. Ellos son, de hecho, directos, y pueden ser directos contra él... El hombre, por lo tanto, vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable” (nr. 15).

Jesús dio un nombre a los principales miedos nuestros: el mañana (“¿qué comeremos?”), el mundo y los poderosos (“aquellos que matan el cuerpo”). En cada uno de estos miedos pronunció su: *¡Nolite timere!* Esta es una palabra, pero palabra eficaz, casi sacramental; como todas las palabras de Jesús, obra lo que significa; no es el simple: “¡Ánimo!” que nos decimos los hombres entre nosotros. No sólo, por otra parte, con la palabra, sino también con el ejemplo: Él no tuvo miedo de las cosas y los hombres (tuvo un solo miedo, en el Huerto de los olivos, ¡pero de Dios y del pecado!); en el arresto dice: ¿A quién buscan? ¿A Jesús el Nazareno! ¿Soy yo! Jesús es el hombre libre de miedos. El poder religioso y político se alarma respecto de él y después lo elimina, justamente por eso, porque es demasiado libre. Con un hombre así en circulación, se puede esperar de todo, incluso que la gente deje de temer y temblar frente a los poderosos, y, en ese caso, ¿adónde vamos a parar? El poder humano siempre se rigió por el miedo: “Oderint dum metuant”: que me odien con tal de que me teman, decía un emperador romano.

Es necesario aprender a reconocer en el Evangelio estos distintos estratos de liberación: del ansia, de la angustia, de las distintas neurosis, de la prisa de lo urgente, etc. O el Evangelio libera nuestro corazón o —como está ocurriendo cada vez con más frecuencia— o lo hará el infarto.

Pero, ¿qué es el miedo? Hay respuestas difíciles, dadas por la filosofía y la psicología de lo profundo, que no siempre se comprenden. Podemos decir: es la reacción a una amenaza a nuestro ser, la respuesta a un peligro verdadero o supuesto: del peligro más grande de todos y omnibarcador, que es el de la muerte, a los peligros particulares que amenazan o la tranquilidad, o la incolumidad física, o nuestro mundo afectivo. El miedo es una manifestación de nuestro instinto fundamental de conservación. Según se trate de peligros objetivos y reales, o imaginarios, se habla de miedos justificados e injustificados, o incluso de neurosis (claustrofobia, agorafobia, miedo a enfermedades imaginarias, etc.).

¿Cómo hace el Evangelio para liberarnos de estos miedos? ¿Se trata acaso de cerrar los ojos, o de ocultar la cabeza en la arena? San Pablo escribe: *¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre* (el “qué comeremos”) *los peligros, la espada? Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó* (Rom. 8, 35.37). La liberación no está, pues, en una idea o una técnica, sino en una persona: ¡Jesús que nos amó! El “disolvente” de todo miedo es Jesús; el miedo es falta o pérdida de libertad interior y Jesús vino a llamarnos a la libertad. No tengan miedo —dice— ¡yo vencí al mundo! Venció también lo que más miedo nos da en el mundo, la muerte. ¿Por qué —nos dice— crees que quise probar, en el Getsemaní, esa medida ilimitada de miedo, si no para tener el derecho a librarte del tuyo? ¿Por qué crees que los mártires fueron capaces de enfrentar la muerte sin miedo, sino porque yo había tenido miedo también por ellos? Jesús relativizó todos los motivos de miedo. Dice: No teman a aquellos que matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más (¡como si fuera poco lo que hacen al matar!); un mártir de los primeros tiempos, Justino, decía, volviéndose a los perseguidores: “¡Pueden matarnos, pero no pueden dañarnos! (*Los Apol.* 2).

El discurso de la liberación de los miedos es delicado y no debemos caer en banalidades que no corresponden ni a la realidad de los hechos, ni al Evangelio. Jesús puede liberar de cualquier angustia y lo hace infaliblemente si recurrimos a él. Pero —como de costumbre— él no conoce

solamente una forma de liberación, la de quitarnos el mal; conoce también la liberación más profunda que consiste en transformar el mal en bien, sin quitárnoslo materialmente. Eso hace con el sufrimiento en general. Hay un tener miedo bueno que asimila a Jesús y que es redimido y que redime; G. van Lefort lo escribió en el cuento “La última al patíbulo” y G. Bernanos en “Diálogos de carmelitas”. En este caso, carga con nosotros el peso del miedo y éste, extrañamente, cambia de signo: ya no es como antes, no nos abrumba más, sino que nos afina, nos vuelve más sensibles y delicados para comprender a los demás y consolarlos.

No obstante, nosotros, en general debemos creer que Jesús quiere liberarnos de los miedos también del otro modo, el que consiste en destruirlos. Si no, ¿por qué habría de pronunciar tan a menudo su: *Nolite timere*? El miedo es algo muy feo, demasiado cercano al pecado, demasiado fuera de lugar en un hijo; Jesús lo sabe, por eso pide que le pidamos que nos libere: pidan y se les dará.

¿Cómo hacer entonces para ser liberados de nuestros miedos? Hay que hacer como con las enfermedades y las plagas: mostrárselas al médico (¡Jesús curaba a los leprosos que “se mostraban” a él!); como con los pecados; acusarlos y sacarlos. Hay que echar luz sobre los propios miedos; agarrarse el corazón con las manos, reflexionar con calma y decirse a uno mismo: ¿por qué tiemblos? Quiero ver claro que es lo que me da miedo; estoy inquieto, agitado, vivo como un animal miedoso, con el corazón siempre palpitante, me estremezco ante cada temor: ¿por qué? Cuando estamos en la oscuridad de un cuarto, la fantasía agranda todo, crea monstruos y fantasmas; enciende la luz y todo se disuelve y adquiere de nuevo su aspecto normal. Dar luz, pero no solamente luz psicoanalítica, buscando las raíces en la infancia; también esto puede servir en algunos casos graves de neurosis. Luz espiritual: exponer los miedos al “Sol de justicia” que es Jesús; también Jesús nos invita a buscar las raíces de nuestras ansias y nuestros miedos sólo que se trata de raíces especiales, que tienen un nombre bien preciso: la avaricia (*Cuidense de toda avaricia: Lc. 12,15*). Todos los miedos y las ansiedades, de las que se habla en este capítulo del Evangelio están ligados a la obsesión de la seguridad material, a la manía de acumular tesoros. El hombre avaro está siempre ansioso: primero, está ansioso por procurarse los bienes, después, una vez que se los procuró, está ansioso por conservarlos (“¿Qué voy a hacer? No tengo dónde guardar mi cosecha”).

La otra raíz de muchos miedos es la falta de confianza en Dios, el no creer que Dios es realmente Padre, y a este miedo Jesús tiende a sanarlo con sus palabras sobre los lirios del campo y las aves del cielo. Es, pues, la poca fe: ¿Por qué temen, hombres de poca fe?

Una vez sacados a la luz nuestros miedos, Jesús nos invita a mirar el motivo de ese miedo con calma, en su presencia, con él a nuestro lado. ¿Todavía nos da tanto miedo? Intentemos plantear la hipótesis de lo peor que podría suceder: pero si Jesús está con nosotros, en el corazón, ¿qué miedo tengo? Si Jesús está en la barca, ¿cómo tener miedo? Él no puede hundirse y no hará hundir a los discípulos poniéndose a salvo solo. ¿Un peligro? ¡Con Jesús lo vencemos sobradamente! ¿Una humillación? ¡Con Jesús la vencemos sobradamente! ¿Una enfermedad? ¡Con Jesús la vencemos sobradamente!

No se trata solamente de cómo liberarnos del miedo, sino también de cómo ayudar a otros a librarse del miedo. También este discurso sobre el miedo es un discurso comunitario. De muchas maneras. Es muy aconsejable, por ejemplo, no sacar a la luz nuestros miedos solos, frente a nosotros mismos, con el peligro de enredarnos más; sacarlos a la luz en cambio con algún hermano. A veces, es la mejor forma de exorcizar el demonio del miedo. Para asustarnos, Satanás necesita encontrarnos solos, o encontrarnos en soledad; él es especialista en inflar las cosas y aterrorizarnos con nada (él mismo es una “pelota inflada”). Muchos han experimentado la eficacia de hacer orar a los hermanos por ellos, manifestando sus propias angustias. Cuántas veces he oído decir después: “Ahora me

siento mejor; es como si se me hubiera caído un peso del corazón”. Es necesario vencer la timidez y el respeto humano. La comunidad está también para eso, para cargar los pesos unos de otros.

Lo peor sería aficionarse a los propios miedos y neurosis y transformarlos en una sutil vanagloria o coquetería, casi como si hicieran más interesantes a las personas: son estados espiritualmente morbosos que se curan con la simplicidad. Debemos ofrecer a Jesús nuestros miedos, las ansias, las angustias, los temores, los complejos, los bloqueos psicológicos; cada uno a su modo; quitárnoslos de encima” como se hacía con las pulseras y las cadenas de *oro* durante la guerra; decir a Jesús: Tómalos, Jesús: no quiero que mi corazón siga lleno de miedo, ¡quiero que esté lleno de ti! Quitame el miedo, ¡O llévalo junto conmigo! Libéranos, Señor, de todo mal, sobre todo de este cáncer que es el miedo. Gracias, Jesús, porque nos liberaste de la necesidad de tener miedo. Gracias por tu Espíritu que es para nosotros principio de libertad interior, luz que disuelve los miedos, bálsamo que da paz al corazón. Gracias porque tú *no nos has dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad* (2 Tim. 1,7).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el Ángelus (10-VIII-1980)

– La fe de Abraham

“La fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve” (Hb 11,1).

Con estas palabras nos habla el autor de la Carta a los Hebreos, en la segunda lectura de la Misa de hoy. La fe, que hace pasar al hombre del mundo de las cosas visibles a la realidad invisible de Dios y a la vida eterna, asemeja a aquel camino al que fue llamado por Dios a Abraham (calificado por eso como “padre de todos los creyentes”, cfr. Rm 4,11; 4,12). A continuación leemos en la Carta a los Hebreos: “Por la fe obedeció Abraham a la llamada, y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber dónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida... (Hebr 11,8-9). Sí; así es. La fe es el peregrinaje espiritual en el que el hombre se encamina, siguiendo la Palabra de Dios viviente, para llegar a la tierra de la paz prometida y de la felicidad, a la unión con Dios cara a cara; a esa unión que llenará, en el corazón humano, el hambre y la sed más profundas: el hambre de la verdad y la sed del amor”.

– Vigilancia

Por eso, como escuchamos seguidamente en la liturgia de este domingo, la actitud de espíritu, que debe tener el creyente, es la actitud de vigilancia: “Estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre” (Lc 12,40). Una vigilancia así es también la expresión de la aspiración espiritual hacia Dios mediante la fe.

Aprendamos ese andar más allá del horizonte de las cosas visibles hacia la realidad invisible de Dios, para abrazar, con nuestro corazón humano, “las grandes obras de Dios” (Act 2,11). Aprendamos la fe sencilla, incluso como de niños y, al mismo tiempo, consciente, madura y comprobada. La fe que esta nuestra época exige de nosotros los cristianos. La fe manifiesta y valiente. La fe llena de esperanza. La fe que produce las buenas obras: “la fe mediante la caridad” (cfr. Gal 5,6). Aprendamos constantemente una fe semejante. Y roguemos frecuentemente a Cristo para obtenerla: Señor, “aumenta nuestra fe” (Lc 17,5); creemos, ayuda nuestra incredulidad (cfr. Mc 9,24).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Jesús nos exhorta a la vigilancia porque el amor nunca duerme (Cf Cant 5,2), y, no debemos olvidarlo, el enemigo está siempre al acecho (Cf 1 Pet 5, 8). Quien ama de verdad está siempre pendiente del ser querido, velando el sueño del hijo enfermo... El cristiano debe aguardar confiadamente al Señor que puede presentarse en cualquier momento. “Y como no conocemos ni el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que vigilemos constantemente para que, terminado el plazo de nuestra vida terrena (Heb 9,27), merezcamos entrar con Él a las bodas y ser contados entre los elegidos” (L.G., 48).

“A la vigilancia se opone la negligencia o falta de solicitud que procede de cierta desgana de la voluntad” (S. Tomás de Aquino). Estamos vigilantes cuando hemos adquirido el hábito de preguntarnos a lo largo de la jornada: ¿estoy haciendo lo que debo y estoy en lo que hago poniendo los cinco sentidos?

Espíritu de examen que nos lleve igualmente a dedicar unos minutos, antes de entregarnos al descanso, para hacer balance del día y analizar cómo nos hemos comportado con Dios, con los demás, y con qué intensidad y sentido de la justicia hemos realizado nuestra tarea cotidiana.

Mira tu conducta con detenimiento, aconseja San Josemaría Escrivá. ***Verás que estás lleno de errores, que te hacen daño a ti y quizá también a los que te rodean. Recuerda, hijo, que no son menos importantes los microbios que las fieras. Y tú cultivas esos errores, esas equivocaciones – como se cultivan los microbios en el laboratorio– ... Y, después, esos focos infectan el ambiente.***

¡Cuántas veces los pequeños y continuos descuidos han llevado a fracasos ruidosos! “Nadie atribuya su descarrío, nos dice Casiano, a un repentino derrumbamiento... El derrumbamiento – se lee en los Proverbios– viene precedido de un deterioro, y éste por un mal pensamiento (Prov 16,18). Sucede lo mismo que con una casa: se viene abajo un buen día sólo en virtud de un antiguo defecto en los cimientos, o por una desidia prolongada de sus moradores. Gotitas muy pequeñas penetran imperceptiblemente corroyendo los soportes del techo; y gracias a esa falta de atención repetida, se agrandan los boquetes y los desperfectos. Después la lluvia y la tempestad penetran a mares”.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

El combate espiritual: La oración

I. LA PALABRA DE DIOS

Sb 18, 6-9: Castigaste a los enemigos y nos honraste llamándonos

Sal 32, 1 y 12.18-19.20 y 22: Dichoso el pueblo a quien Dios escogió

Hb 11, 1-2.8-19: Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios

Lc 12, 32-48: Estad preparados

II. LA FE DE LA IGLESIA

«La oración es un don de la gracia y una respuesta decidida por nuestra parte. Supone un esfuerzo... un combate... contra nosotros mismos y contra las astucias del tentador que hace todo lo posible para separar al hombre de la oración, de la unión con su Dios. Se ora como se vive, porque se vive como se ora. El que no quiere actuar habitualmente según el Espíritu de Cristo, tampoco podrá

orar habitualmente en su Nombre. El “combate espiritual” de la vida nueva del cristiano es inseparable del combate de la oración» (2725).

«Orad constantemente (1 Ts 5,17)... Este ardor incansable no puede venir más que del amor... Este amor abre nuestros corazones a tres evidencias de fe, luminosas y vivificantes:

Orar es siempre posible... Orar es una necesidad vital... Oración y vida cristiana son inseparables» (2742-2745).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos encontrar realizable el principio de la oración continua» (Orígenes) (2745).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Los israelitas aguardaron la venida del Señor en la noche de Pascua para ser liberados de la esclavitud. Es un recuerdo vivo del Pueblo de Dios que recoge el libro de la Sabiduría.

Jesús, en el evangelio, recomienda a sus discípulos dos actitudes fundamentales para la vida cristiana: la espera y la vigilancia. El vendrá inesperadamente como un ladrón nocturno o como un amo que está muchos años lejos de su hacienda.

Comienza a leerse la última parte de la carta a los Hebreos. Su tema principal es la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el de la antigua alianza en la que vivieron los profetas, ilustres por su fe en las promesas de Dios.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

El combate de la oración: 2725-2728.

Necesidad de una humilde vigilancia: 2729-2733; y confianza filial: 2734-2741.

La respuesta:

Perseverar en la oración, perseverar en el amor: 2742-2745.

C. Otras sugerencias

La exhortación de Jesús a la espera y vigilancia se concreta en la vida cristiana en tener a Dios siempre presente. Es una exhortación siempre necesaria pues no pocas veces vivimos como si Dios estuviera ausente.

La oración nos pone en diálogo con el Dios presente. Pero orar es un combate, el mismo combate cristiano de vida y oración.

Tentaciones para la oración. Excusas para no orar. Dificultades.

Exhortación a la oración continua, en casa y en el trabajo.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Esperando al Señor.

– **Fundamentos de la esperanza teologal.**

I. La Liturgia de la Palabra de este Domingo nos recuerda que la vida en la tierra es una espera, no muy larga, hasta que venga de nuevo el Señor. La fe que guía nuestros pasos es precisamente *certeza en las cosas que se esperan*¹, como se lee en la *Segunda lectura*. Por medio de esta virtud teologal, el cristiano adquiere una firme garantía acerca de las promesas del Señor, y una posesión anticipada de los dones divinos. La fe nos da a conocer con certeza dos verdades fundamentales de la existencia humana: que estamos destinados al Cielo y, por eso, todo lo demás ha de ordenarse y subordinarse a este fin supremo; y que el Señor quiere ayudarnos, con abundancia de medios, a conseguirlo². Nada debe desanimarnos en el camino hacia la santidad, porque nos apoyamos en estas “tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas. Y es Él, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el Paraíso”³. La Bondad, la Sabiduría y la Omnipotencia divinas constituyen el cimiento firme de la esperanza humana.

Dios es omnipotente. Todo le está sometido: el viento, el mar, la salud, la enfermedad, los cielos, la tierra... Y todo lo emplea y dispone para la salvación de mi alma y de todos los hombres. Ni un solo medio deja de poner para el bien de cada uno de sus hijos; también de quien parece estar solo y abandonado. La fuerza de Dios se pone al servicio de la salvación y santificación de los hombres. Sólo el mal uso de la libertad puede hacer inútiles los medios divinos. Pero siempre es posible el perdón. Siempre es posible dejar abierta la puerta para que la esperanza nos invada. Dios es omnipotente; Dios lo puede todo, es nuestro Padre y es Amor⁴.

Dios me ama inmensamente, como si fuera su único hijo, no me abandona nunca en mi peregrinación por la tierra, me busca cuando por mi culpa me he perdido, me ama con obras, disponiéndolo todo para el bien de mi alma. El amor paterno y materno, con todo el atractivo que posee, es tan sólo un pálido reflejo del amor de Dios.

Dios es fiel a sus promesas, a pesar de nuestros retrocesos, traiciones y deslealtades, de la falta de correspondencia a los requerimientos divinos. Él nunca nos falla, no se cansa, tiene paciencia, una paciencia infinita, con los hombres. Mientras caminamos por esta tierra, a nadie abandona por imposible, a nadie considera irrecuperable. A Dios siempre lo encontramos como el Padre del hijo pródigo que sale impaciente todos los días a ver si su hijo se divisa ya en la lejanía, y tiene una fiesta preparada para el hijo que retorna.

El Señor espera nuestra conversión sincera y correspondencia cada vez más generosa: espera que estemos vigilantes para no adormecernos en la tibieza, que andemos siempre despiertos. La esperanza está íntimamente relacionada con un corazón vigilante; depende en buena parte del amor⁵.

– **Una espera vigilante. El examen de conciencia.**

II. Jesús nos exhorta a la vigilancia, porque el enemigo no descansa, está siempre al acecho⁶, y porque el amor nunca duerme⁷. En el Evangelio de la Misa⁸ nos advierte el Señor: *Tened ceñidas*

¹ Heb 11, 1.

² Cfr. SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 17, a. 5 y 7.

³ JUAN PABLO II, *Alocución* 20-IX-1978.

⁴ Cfr. G. REDONDO, *Razón de la esperanza*, EUNSA, Pamplona 1977, p. 79.

⁵ Cfr. J. PIEPER, *Sobre la esperanza*, Rialp, 3ª ed., Madrid 1961, p. 48.

⁶ 1 Pdr 5, 8.

⁷ Cfr. *Cant* 5, 2.

vuestras cinturas y las lámparas encendidas, y estad como quien aguarda a su amo cuando vuelve de las nupcias, para abrirle al instante en cuanto venga y llame.

Los judíos usaban entonces unas vestiduras holgadas y se las ceñían con un cinturón para caminar y para realizar determinados trabajos. “Tener las ropas ceñidas” es una imagen gráfica para indicar que uno se prepara para hacer un trabajo, para emprender un viaje, para disponerse a luchar⁹. Del mismo modo, “tener las lámparas encendidas” indica la actitud propia del que vigila o espera la venida de alguien¹⁰. Cuando el Señor venga al fin de la vida, nos debe encontrar así, preparados: en estado de vigilia, como quienes viven al día; sirviendo por amor y empeñados en mejorar las realidades terrenas, pero sin perder el sentido sobrenatural de la vida, el fin a donde se hade dirigir todo; valorando debidamente las cosas terrenas – la profesión, los negocios, el descanso...–, sin olvidar que nada de esto tiene un valor absoluto, y que debe servirnos para amar más a Dios, para ganarnos el Cielo y servir a los hombres; haciendo un mundo más justo, más humano, más cristiano.

Poco tiempo nos separa de ese encuentro definitivo con Cristo, cada día que pasa nos acerca a la eternidad. Puede ser este mismo año, o el que viene, o el siguiente... De todas formas, siempre nos parecerá que la vida ha ido muy deprisa. El Señor vendrá *en la segunda o en la tercera vigilia...* “Y como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que vigilemos constantemente para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena (Heb 9, 27), merezcamos entrar con Él a las bodas y ser contados entre los elegidos”¹¹. Vendrá, para quienes han vivido de espaldas a Dios, como algo completamente inesperado: *como ladrón en la noche*¹². *Sabed esto: si el dueño de la casa conociera a qué hora va a llegar el ladrón, no permitiría que se horadase su casa. Vosotros, pues, estad preparados...* Y comenta San Juan Crisóstomo que “con esto parece confundir a aquellos que no ponen tanto cuidado en guardar su alma, como en guardar sus riquezas del ladrón que esperan”¹³.

“A la vigilancia se opondrá la negligencia o falta de solicitud debida, que procede de cierta desgana de la voluntad”¹⁴. Estamos vigilantes cuando hacemos con hondura el examen de conciencia diario. ***Mira tu conducta con detenimiento. Verás que estás lleno de errores, que te hacen daño a ti y quizá también a los que te rodean.***

– Recuerda, hijo, que no son menos importantes los microbios que las fieras. Y tú cultivas esos errores, esas equivocaciones – como se cultivan los microbios en el laboratorio–, con tu falta de humildad, con tu falta de oración, con tu falta de cumplimiento del deber, con tu falta de propio conocimiento... Y, después esos focos infectan el ambiente.

– Necesitas un buen examen de conciencia diario, que te lleve a propósitos concretos de mejora, porque sientas verdadero dolor de tus faltas, de tus omisiones y pecados¹⁵. El Señor debe encontrarnos preparados a cualquier hora en que se presente, en cualquier circunstancia.

– La lucha en lo pequeño.

⁸ Lc 12, 32-48.

⁹ Cfr. Jer 1, 17; Ef 6, 14; 1 Pdr 1, 13.

¹⁰ SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, notas a Lc 12, 33-39 y 35.

¹¹ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 48.

¹² 1 Tes 6, 2.

¹³ SAN JUAN CRISOSTOMO, en *Catena Aurea*, vol. III, p. 204.

¹⁴ SANTO TOMAS, *o. c.*, 2-2, q. 54, a. 3.

¹⁵ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 481.

III. Estaremos vigilantes en el amor y lejos de la tibieza y del pecado si nos mantenemos fieles en las cosas menudas que llenan el día. Si consideramos lo pequeño de cada jornada en el examen de conciencia, encontraremos con facilidad las señales que indican el camino y las raíces de posibles descaminos. Las cosas pequeñas son antesala de las grandes, y el amor vigilante se alimenta de lo pequeño; y cae en la tentación más grande quien descuida lo que parece sin importancia.

San Francisco de Sales señala la necesidad de luchar en las tentaciones menudas, pues son muchas las ocasiones que se presentan en una jornada corriente y, si se vence ahí, esas victorias son más importantes – por ser muchas – que si se hubiera vencido en una de más trascendencia. Además, aunque “los lobos y los osos son sin duda más peligrosos que las moscas”, sin embargo “no nos causan tantas molestias, ni prueban tanto nuestra paciencia”. Es cosa fácil – señala el Santo – “apartarse del homicidio, pero es dificultoso evitar las pequeñas cóleras”, que suelen presentarse con alguna facilidad. “No es dificultoso el no hurtar los bienes ajenos; pero sí lo es el no desearlos. Fácil es el no levantar en juicio falso testimonio, pero difícil será el no mentir en conversaciones. Con facilidad nos apartaremos de la embriaguez, pero con más dificultad viviremos la sobriedad”¹⁶.

Las pequeñas victorias diarias fortalecen la vida interior y despiertan el alma para lo divino. Estas ocasiones se presentan con mucha frecuencia: vivir el minuto heroico al levantarse o al comenzar el trabajo; cuando dejamos a un lado esa revista insustancial que puede enredar el alma o es, al menos, una pérdida de tiempo y, siempre, una buena ocasión para vencer la curiosidad; en la mortificación a la hora de la comida; en la sobriedad en las reuniones sociales, en la locuacidad... Estamos seguros de que “tantas victorias cuantas ganemos contra esos pequeños enemigos, tantas piedras preciosas serán puestas en la corona de la gloria que Dios nos prepara en su santo reino”¹⁷.

Si hacemos un acto de amor en cada tentación, en todo aquello que en nosotros o en los demás puede ser origen de una ofensa a Dios, nos llenaremos de paz, y lo que podía haber sido motivo de derrota lo convertimos en una victoria. Además de este inmenso bien para el alma, asegura el mismo Santo que “cuando el demonio ve que sustentaciones nos llevan a este divino amor, cesa de detentarnos”¹⁸.

Si somos fieles en lo pequeño nos mantendremos ceñidos, en vela, alerta ante el Señor que llega. Nuestra vida habrá consistido en una alegre espera, mientras llevamos a cabo ilusionadamente la tarea que nuestro Padre Dios nos ha encomendado en el mundo. Entonces comprenderemos con hondura las palabras de Jesús: *Dichoso aquel siervo, al que encuentre obrando así su amo cuando vuelva. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.* Y Él está para venir; no dejemos de vigilar.

Rev. D. Melcior QUEROL i Solà (Ribes de Freser, Girona, España) (www.evangelinet.net)

También vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre

Hoy, el Evangelio nos recuerda y nos exige que estemos en actitud de vigilia «porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Lc 12,40). Hay que vigilar siempre, debemos vivir en tensión, “desinstalados”, somos peregrinos en un mundo que pasa, nuestra verdadera patria la tenemos en el cielo. Hacia allí se dirige nuestra vida; queramos o no, nuestra existencia terrenal es

¹⁶ Cfr. SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, IV, 8.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*, IV, 9.

proyecto de cara al encuentro definitivo con el Señor, y en este encuentro «a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más» (Lc 12,48). ¿No es, acaso, éste el momento culminante de nuestra vida? ¡Vivamos la vida de manera inteligente, démonos cuenta de cuál es el verdadero tesoro! No vayamos tras los tesoros de este mundo, como tanta gente hace. ¡No tengamos su mentalidad!

Según la mentalidad del mundo: ¡tanto tienes, tanto vales! Las personas son valoradas por el dinero que poseen, por su clase y categoría social, por su prestigio, por su poder. ¡Todo eso, a los ojos de Dios, no vale nada! Supón que hoy te descubren una enfermedad incurable, y que te dan como máximo un mes de vida,... ¿qué harás con tu dinero?, ¿de qué te servirán tu poder, tu prestigio, tu clase social? ¡No te servirá para nada! ¿Te das cuenta de que todo eso que el mundo tanto valora, en el momento de la verdad, no vale nada? Y, entonces, echas una mirada hacia atrás, a tu entorno, y los valores cambian totalmente: la relación con las personas que te rodean, el amor, aquella mirada de paz y de comprensión, pasan a ser verdaderos valores, auténticos tesoros que tú —tras los dioses de este mundo— siempre habías menospreciado.

¡Ten la inteligencia evangélica para discernir cuál es el verdadero tesoro! Que las riquezas de tu corazón no sean los dioses de este mundo, sino el amor, la verdadera paz, la sabiduría y todos los dones que Dios concede a sus hijos predilectos.
